Capítulo I

La Virgen de los Dolores que quiso Dios para Huelva

CCL ANIVERSARIO FUNDACIONAL JUDÍOS

Y, como si la vida tuviera siempre el mismo color de tu piel, nos volvemos a fundir hoy en la cera que derraman tus ojos para abrasar el corazón que un día atravesó de belleza la ciudad, para quedarse prendado de un hermoso puñal de amor que clavó en nosotros la más bella imagen que del cielo, revestida de la más noble piel regia, llegó para enseñarnos que nada hay imposible a los ojos de Dios.

Porque nada puede haber imposible si en el lamento del dolor se dibuja el último beso de Dios antes de partir hasta nosotros para recitar en Huelva la cara que ha de acunarnos en la eternidad de nuestras almas. Es tan imposible como que el firmamento se vino plasmado en los hilos del encaje que rodean su cara, tal y como la miran en el cielo. Tan inaccesible para nuestro entender cómo el retazo de sus mejillas adornadas con el último atardecer que, desde estas mismas alturas, siempre vio en ese horizonte tan suyo y que nadie como Ella ha visto tantas veces. Es el suave rojizo que se hace amable rosado cuando el sol cae a plomo finalmente en la línea que separa nuestros días, el discreto color con el que Huelva despide a su señorial luz y que se graba en su cara como una postal que cada tarde se pinta en Ella.

Sólo hay que mirar su perfil para ver cómo se va la vida en Huelva. Es una metáfora del paso de nuestro mundo a ese otro mundo donde su piel es ya como la fina arena de la orilla que vara en la eternidad. Es su cara un estero que recorren sus lágrimas con la sal que nace en sus aguas, es el lienzo sobre el que Huelva pintó su cielo a la caída de la tarde, el cabezo por el que se derraman las siete primeras estrellas que cada noche aparecen en nuestro cielo, la media luna que talló su boca con la plata que cincela la ría, ese tabernáculo desde el que la escuchamos sin decir nada, los labios que hablaron a los onubenses que no podían ni hablar ante Ella, la boca que te habla a ti y a mi para llenarnos de amor el alma, la que describe su propio dolor, la que sabe cómo habló Huelva desde hace siglos y la que pronuncia su nombre como el mismo Dios la creó.

Es la caída de sus ojos como la belleza del cielo de una tarde otoñal. Un hermoso canto apesadumbrado pero que llama a la esperanza. Es el cansado duelo del dolor que clava el corazón, una mirada ausente pero que termina siendo el consuelo de todos los que se miran en ellos. En sus ojos se pinta aquel ocre que todavía queda en sus cabezos, el color de una Huelva de estrechas y arenosas calles, de caminos que subían y bajaban cuestas al son del grito de la chiquillería, de pequeñas casas blancas y arcillosas, de hermosos patios cuajados con el color de las flores, de animales en los corrales, de erguidas torres que llamaban a la oración buscando a Dios en las alturas o la de coquetas plazas como la de las Monjas donde encontrar al vecino. La Huelva de barberos afeitando por las calles, la de los mozos haciendo mandados por la Vega Larga y esquivando personas, de vendedores de agua que la traían desde la Fuente Vieja, de conventos con cantos del cielo, de rezos ante la cruz del pregonero en la Soledad, la de las velas abriendo sus alas para entrar por la ría, la de los pescadores descargando el pescado en los canastos del puerto, de los carros arrastrados por mulos buscando los abrevaderos, de las gallinas corriendo, de los viajeros desembarcando por un arco que servía de puerta y estrella, de los torreones vigilantes en las barbacanas del castillo, del carnicero que estaría en la cuesta, de las ollas hirviendo a los rubios con

papas, de higo chumbos camino del Conquero, de olor a jazmín en las paredes blancas del santuario, de cañones en los altos de sus cabezos esperando a los portugueses, del callejón de los lobos, de la calle del peligro, de la plaza de los Carros, del Molino de la Vega, de la Vega Abajo, de berdigones en sus orillas, de barriletes, de mojarritas, de lenguados, doradas o de atunes.

Y vio siempre también las montañas blancas de sal que se elevaban sobre las aguas tranquilas en las que se reflejaban como espuma, el olor a lentisco, a jara, a tomillo o a juaguarzo que le ofrendaba la marisma, los veranos en familia con una sandía en la orilla de la Punta del Cebo, de los primeros toques a un balón que hablaba en inglés, de sufrimiento y gloria a las puertas de un Velódromo, de sabor a vino de sus tabernas, de la jangarilla, los cohetes que rompían el cielo por cada oreja cortada, del simpecado esperando entronizado en su carreta para peregrinar a la aldea, de carros y vuelos de volantes una mañana de mayo, de las veladas cinteras a su puerta en septiembre, de Colombinas con sabor a ponche en el muelle o de la tómbola del obispo.

Y también de silencios en los pasillos de su convento, de pisadas cadenciosas que vienen y la buscan, de los vuelos de sus hábitos mercedarios arrodillados ante la Pureza que vino, de oraciones en latín, de caricias a sus manos antes de empezar el día, de ojos rasgados por el tiempo, de otros que empezaban a vivir, de nacimientos a su lado, del final de la vida en su altar, de amargas despedidas sin reencuentros, de gracias por los favores concedidos, de amores, de vidas que se unieron en su regazo y del amor de miles de almas que hicieron que quedara para siempre como parte del escudo de una Huelva que creció junto a Ella. Porque es Ella la que podría relatar un retazo de nuestros sueños, de esa ciudad que todos añoramos, de esas gentes que le hablaron y que sólo la Virgen sabe cómo fue. Porque es la Virgen que lleva a Huelva en sus ojos y la que tiene el acento de todos los que llevaron nuestra sangre y pasaron un día por sus calles.

Qué meditación cabe que no sea la de mirarla en la penumbra de la catedral que merecía, la que se tenía que levantar sin saberlo para cobijar el dolor que mata pero que es causa también de nuestra alegría, la que ciñe en su cintura el aire de Huelva con el suspiro de sus gentes, la que aguarda silente a que el mundo la escuche, la que trajo la elegancia dispuesta en sus manos, en su cara y en su ropa, la que sale y nada puede ser más bonito en el mundo, la que se bordó la noche de Huelva para salir a la calle, la azucena que hace que de amor todo la envuelva.

Es el color de la Huelva de siempre
la orilla de la ría que llega todos los días a su puerto
la luz que sale en esta tierra solo por verte
y la Virgen ante las que todas sus miradas han vuelto

Es la cúpula que coronó desde antiguo su cielo
el beso que amainó las tempestades en el mar
los ojos que abrieron la vida tras el oscuro velo
y el socorro que ayudó a sus gentes a sus heridas sanar

Y es la palmera que buscó acariciar las alturas
la plaza donde encontraron juntos su amor
el altar donde está la cara de la que todo lo cura
y la melodía de tantas vidas que alivió en el dolor

Y es la puerta que abrió paso aquí a su Gloria
el retablo que señalaban los ángeles en sus calles
la imagen que los choqueros guardaban al salir en su memoria
y el amor del que de tantos corazones fue su llave

Y es el blanco que dio color al azahar en primavera
la flor de la Pureza que parió a la azucena
la estampa que presidió sus cabeceros para que los protegiera
y la Virgen guapa al que todos llevaban para que vieran a su Madre buena

Y es el balcón que abrió Huelva para respirar su sal
el barrio que tantas veces la quiso entre sus manos mecer
el azulejo que todos besaban entre las paredes de cal
y la ciudad que en torno a Ella vio crecer

Y es el manto que bordó las plegarias que cosieron sus vecinos
el rosario que sostuvo en sus manos antes de partir
la promesa de una rosa a sus pies para encontrar su destino
y la oración ante la Madre del Buen Viaje antes de salir

Y es el viento que movió todas las espadañas de la ciudad
la que pisó arena, barro, adoquines, alquitrán y losetas
la que dio luz con su candelería a la calles a oscuras
y la que era más grande que todos los tejados al pasar

Y es una plaza con los bancos de hierro forjados
la sombra de un naranjo en San José camino de la Vega Larga
es el faro que anunció a los barcos que al Puerto de Huelva habían llegado
y la cruz donde las cigüeñas llaman al sol para que salga

Es la Virgen de los Judíos
Reina que de belleza hace que todo se envuelva
la cara que en La Merced quita todo el sentío
y los Dolores más bellos que quiso Dios para Huelva

Capítulo II

La Virgen que arranca las Cadenas del mal a Huelva

CCL ANIVERSARIO FUNDACIONAL JUDÍOS

Pero es también ésta la Morada de la Madre del Señor más bello que muere en la Cruz. Una Cruz que desde hace 250 años Ella sostiene en su alma como la punta de una lanza que atraviesa su corazón, que se desangra en el dolor de la vida que se va, que se abre por la mitad como sacrificio desbordante de generosidad, que se apaga como una vela que quiere revivir pero que se sopla todos los días para acabar yerta en la oscuridad del mundo.

Es la Madre que moja su pañuelo en lágrimas para pasarlo por las yagas que abrasan la espalda, la que mira sus manos empapadas en la sangre de un Hijo que sigue muriendo todos los días por nosotros, la que acaricia sus yemas por el pómulo abierto en su mejilla de los golpes que recibe, la que abraza su cuerpo esperando que la vida vuelva a sus ojos cerrados, la que socorre el dolor de la herida abierta en su costado, la que con sutileza besa su piel arrasada para quemar en sus labios el dolor revestido en ríos de sangre.

En sus manos, sostiene los brazos que mantienen en la Cruz la dignidad del Hombre que muere. La que se desploma ante los chorreones de sangre que caen a borbotones de sus manos atravesadas por el clavo de nuestra soberbia. Es su bellísimo rostro agarrado a las piernas que tiemblan tras latigazos de odio y golpes de ira. Es la Madre que muere al mismo tiempo que su Hijo, la que ve cómo el aire se va como se va el de Ella con el suyo, la del cuerpo encogido que quiere sostener la vida que se escapa, la que aflige sus piernas hasta hacer al suelo ante la Cruz que clava el Amor, la que busca el último hilo de luz que llega desde los adentros del corazón, la del último beso en la piel destrozada por el yugo egoísta, la de la mirada devastada y perdida en la muerte que vive en la Cruz o la que ve en su regazo la sonrisa de aquel Niño que ahora agoniza en sus entrañas.

Es el destierro de la ausencia y la soledad de lo que nada queda, la que tuvo todos los Dolores del mundo porque nada pudo ni puede ser más cruel todos los días que ver morir a tu hijo en un Viaje que sólo es Bueno porque no lo hay más bello en el madero de la muerte.

Y es la Mujer que queda atada en las cadenas de una prisión que araña sus entrañas al ver cómo su cuerpo se retuerce al ser golpeado por los mismos que hoy siguen golpeando su nombre y su piel, que se aflige con la negación constante de un Dios arrinconado en las esquinas olvidadas del ser humano, que agoniza en la humillación permanente de su nombre en labios vacíos y necios, que aprieta sus dedos en la pena de seguir amarrado por el miedo a llevar su palabra de amor a una vida cargada de odio, que abre las heridas en su frente por las espinas que, una a una, siguen pinchando en su piel como finas agujas, que se aflige como un latigazo que abre la carne ante la mofa a Dios, que llora en las entrañas heridas de muerte por la ira, que agacha al sentir la lanza que mata la obra de Dios, que hiela su respiración por la crueldad que sale de tantas manos y que encoge el corazón por la cruz que se talla en las calles y plazas.

Son las Cadenas que retienen la Fe en nuestros días, las que siguen arrastrando sus pies para que no camine la verdad y la vida, las que abren las heridas en el alma, las que aprietan el paso hacia la libertad, las que quieren callar la voz de la conciencia del mundo, las que atrapan el vuelo

que busca la eternidad, la que quiere seguir sus pasos y sólo encuentra el acero de unas cadenas que matan cada día.

Es la Madre de la Paz soñada en los ojos muertos de su Hijo, la Madre que tiene tallado el Jueves Santo en su cara, que tiene en sus ojos la descripción de la pena. Es el anuncio de la Cruz en el desgarro de su gesto. La Madre que rompe sus Cadenas para ir de su mano al cielo, el grito de esperanza en mitad del desierto de amor, la que une el cielo y la Tierra con solo poner un pie en la calle y el canto a la bella muerte salvadora entre las dos espadañas más huelvanas.

Son las Cadenas que anuncian la Cruz que vendrá después, las que tienen presos las voces que quieren proclamarlo sin miedo entre nosotros, las que tiene las llaves del martirio para los que quieren poner su Cruz en una pared, las que ahogan la respiración de los que no quieren que muera en una esquina de las sacristías, las que aprietan el pecho de los que proponen su mensaje, las que escuecen cuando se mofan de los que lo predican, las que duelen cuando humillan a los que se hacen apóstoles en nuestros días o las que encarcelan a quienes nombran a Cristo en sus vidas.

Es la Virgen que tiene los Dolores de la ausencia de Dios para proclamar el progreso de los pueblos, de la fosilización de la religión como elemento de modernidad, de los pilares vacíos de Fe y tradición. Son los Dolores que la atraviesan por la ingenuidad de los hombres y mujeres que rechazan su plena integridad de espíritu y de cuerpo, que le sacuden al huir del único mensaje de esperanza y de salvación, los que se agudizan cuando ante el dolor de la enfermedad dudan de la voluntad de Dios. Es la Virgen que tiene los Dolores presos del miedo a la acción del Espíritu Santo, persistentes por las heridas de los hijos por la ausencia de los padres, insufribles en la división de los hermanos en la Fe, insoportables en la ocultación del rostro de Cristo, sangrantes en la pobreza espiritual de las personas, agudizados por la falta de Dios en sus vidas. No hay Dolores más intensos que los que se cruzan en la Virgen ante el enfrentamiento entre cristianos, los que nacen al morir la convicción de que Dios es plenitud de vida, como Vida eterna y perfecta, los que se prolongan ante el abismo del silencio o la enfermedad que amenaza a nuestro tiempo ante la asunción de que Cristo no es el único Señor del mundo y de la Vida.

La Virgen de los Dolores es el verso más bello de la Pasión que Ella misma anuncia, un relato cruento que se dulcifica en su imagen pero que evidencia el martirio y la muerte que se concreta en su Hijo para la redención del género humano. Y lo hace mostrando ante Ella al Señor que se ridiculiza con el manto de la sangre que ha de derramarse otra vez por nosotros y con la burla arrodillada y enmascarada de falso buenismo al que complacemos sin rencor, al mismo tiempo que lo pregona de forma exquisita pero con toda la dureza del Cristo que ha cerrado los ojos en la Cruz, cumpliendo así con la muerte que se convierte en una soledad en la que el amor ya no puede avanzar. Sin embargo, en su descenso se comporta también la transformación de esa soledad, en cuya última instancia ya no existe, pues donde llega Él las cadenas liberan al mundo y el infierno deja de ser infierno, al ser ese mismo Cristo que Ella anuncia en el dolor, en Huelva, la vida y el amor. Porque aunque la muerte se adivine en Ella, mostrando a un hombre aparentemente derrotado, muerto en el abandono y el sufrimiento más extremo, es también la imagen y la cara de

un canto a la Resurrección que salva a los hombres.

Por eso, sus Dolores son un espasmo para el cristiano, que ve a su Madre ante la Cruz que clava hoy todavía a Cristo, con los clavos de nuestro tiempo y con el rencor de quienes seguimos abofeteando nuestra existencia para matar el único atisbo de libertad que nos queda. Unas telas blancas volando al viento en su cruz son la metáfora más cruel de la vida que hemos creado, mientras María, cargando con todos nuestros Dolores nos sigue esperando al pie de la Cruz para que le quitemos a su Hijo las cadenas.

Es la Virgen que lleva las Cadenas abrazando su alma
la que sale para seguir llamando a las puertas de la conciencia
la que lleva a Cristo en su mirada rota
y la que a los infiernos calma

Es la Virgen que lleva la Cruz atravesando su corazón
la que mira a su Hijo clavado en el madero de nuestras vergüenzas
la que saca el coraje de la Madre del Dios que muere por nosotros
y al que todos los días arrasan sin razón

Es la Virgen que lleva las Cadenas aprisionando sus manos
la que rompe con el miedo para abanderar la Fe
la que sale y tiemblan hasta las piedras de su porche
la que habla sin decir nada para acabar con todos los tiranos

Es la Virgen que lleva la Cruz atravesando su pecho
la que lleva la pena en sus encajes por tantos desprecios
la que atraviesa las paredes de la venganza
y la que convierte en vías de esperanza los rincones más estrechos

Es la Virgen que lleva las Cadenas de los que matan
la que sostiene la paz de todo el que ante Ella se detiene
la que seca sus lágrimas con el paño de sangre de su Hijo
al que golpean y cada día en sus vidas atan

Es la Virgen que lleva la Cruz de tantos inocentes asesinados
la que consuela en su vientre el pecado del que ya nació
la que acuna entre sus brazos al niño que vive y sonríe
o la que sale en defensa de todos los que quieren maniatados

Es la Virgen que lleva las Cadenas de las que sufren en sus casas aisladas
la que tiene que llorar con ellas en mitad de la noche
la que no encuentra consuelo cuando el cobarde acecha su celo
y la que lleva con Ella a todas las mujeres maltratadas

Es la Virgen que lleva en la Cruz todas las condenas injustas
las palabras necias de la sociedad acomplejada
la que tiene la llave para abrir los eslabones de quien las lleva puestas
o la que a todos los demonios asusta

Es la Virgen que lleva las Cadenas de los más tristes
la que acompaña a los olvidados por la sociedad cruel
la que arropa a los que mueren de frío en nuestras puertas
y la que recoge a los que mueren tirados y ni siquiera vistes

Es la Virgen que lleva en la Cruz la voz de los que están explotados
la que siempre está cuando no hay salida en los rincones más oscuros
la que busca al niño que se muere de pena y de hambre
o la que se revela contra la otra parte que muere con el ego engordado

Es la Virgen que lleva las Cadenas atando su corazón tantos siglos después
la que sigue viendo cómo ajustician sin piedad a su Hijo
la que sigue llevando los Dolores clavados en su pecho
y la que siempre estará para ayudar a los hijos de Huelva una y otra vez

Es la Virgen que lleva la Cruz de todo el que aquí nació desde antaño
la que nunca se cansó de saciar la sed de sus gentes
la que sigue llenando de felicidad sus ojos una noche cualquiera
y la que quita todos los días sus Cadenas desde hace más de doscientos años

Capítulo III

Los milagros de María Santísima de los Dolores

CCL ANIVERSARIO FUNDACIONAL JUDÍOS

Se abre la cortina de un oscuro habitáculo iluminado por velas dispuestas en candelabros a lo largo de la estancia, dejando entrever una tenue luz dirigida hacia un camastro donde reposa el cuerpo de un hombre. En la habitación hay silencio y apenas llegar el rumor de algunas voces provenientes de la Calle Concepción, repleta siempre de onubenses que van y vienen por su calle más concurrida. Sólo los suspiros de una persona cansada, enferma y casi sin fuerzas para respirar adornan la tenebrosa imagen de aquel importante caserón, levantado con el esfuerzo y la valía de aquel maestro platero que hace apenas unos días tuvo que dejar de cincelar las maravillosas piezas que quedaron a medio terminar en su taller. Echa de menos el ruido del golpe sigiloso y preciso, pero constante que le acompaña todos los días.

En la enfermedad, las horas le pasan de forma interminable, casi no puede abrir los ojos y lo único que puede hacer cuando los abre es mirar al techo y a una pequeña estampa con una pintura con la imagen de María Santísima de los Dolores, que sostiene en sus manos. Es su Virgen y a Ella le reza todos los días desde que es Siervo de la Esclavitud de María. Por su cara se deslizan chorreones de sudor que caen desde su frente y siente como poco a poco la vida se va yendo en aquella cama que parece ser el final de sus días. Los médicos no encuentran remedio ni tampoco diagnóstico para una enfermedad que le ha provocado importantes erupciones en la piel, las cuales sangran de forma abundante y aleatoria. También son importantes y considerables los dolores que le atraviesan su cuerpo, y que le hace apretar con la misma intensidad de sus punzadas la estampa de la Virgen.

La tos y las pocas fuerzas que le quedan le imposibilitan articular cualquier palabra y sólo puede emitir algunos sonidos vacíos. En la Concepción ya apuran las horas para dar cristiana sepultura a un hombre bueno que tuvo a Dios siempre en su vida como referencia de su familia y de su trabajo. La pena ahoga a cada una de las paredes de la bonita casa que, hasta hace unos días, estaba llena de alegría y vitalidad.

Casi como en un último arrebato de vida, Bernardo vuelve a mirar la estampa con los ojos enrojecidos por la enfermedad y por las lágrimas que empiezan a recorrer sus mejillas, preso del miedo que le sacude en esos momentos, donde ve que se esfuma la poca vida que le queda. Las oraciones que había dirigido a la Virgen durante los días anteriores se convierten ahora en una última súplica donde pide a María Santísima de los Dolores la curación de una enfermedad que parecía no tener vuelta atrás. Sus oraciones se pueden entre leer en sus labios medio abiertos y su mirada es una poesía de amor que se derrama sobre la cara de tan bella imagen. Es quizás el último diálogo de un hijo con su Madre antes de verse cara a cara, antes de encontrar su rostro en esa otra vida a la que ya parecía sentenciado aquel buen hombre. En su retina, la Virgen de los Dolores estaba allí con él, agarraba su mano y con una leve caricia parecía consolar su cuerpo aturdido. Era como el abrazo maternal que le llevó a su infancia, esa piel con piel que le daba paz y lo alejaba de todos los miedos. Eso era lo que sentía mientras la Virgen se clavaba en sus ojos como si hubiera bajado del mismo cielo para estar a su lado.

Al momento, Bernardo cerró sus ojos y parecía su muerte definitiva. Era como si el cuerpo

yaciera allí en aquella cama. Sin embargo, era un profundo sueño del que, con el paso de las horas, fue despertando y alejándose con ello los síntomas de aquella cruel enfermedad que le había acercado a la muerte. Sus labios ya podían hablar y la primera palabra que pronunció al despertar definitivamente fue su nombre, el de su Virgen de los Dolores. Una sonrisa sentenció el milagro en su rostro y una mirada a la estampa de aquella Mujer que se había presentado ante él para salvar su vida. Todo lo había hecho Ella.

La misma Virgen que años más tarde estaba entronizada en su portentoso retablo cuando llegó una mañana un cura con cara de bonachón, algo regordete y al que el Cardenal Marcelo Espínola había encomendado el arciprestazgo de Huelva. Allí fue recibido con entusiasmo y con la ilusión por la llegada de un enviado que venía con la convicción de poner remedio a tantos males como aquejaban a aquella Huelva de los primeros años del siglo XX. No era tarea fácil y, en su rostro, a pesar de la felicidad, se notaba la preocupación por todos aquellos niños que sufrían entonces los avatares de un tiempo convulso y complejo. Había hambre, pobreza, la sociedad se había alejado de la Fe, no se trabajaba en los valores, la formación era escasa y la necesidad de educar a tantos niños pobres era una prioridad para él.

En aquella misma puerta de la iglesia mercedaria saludaría a la persona que serviría de maestro de tantos niños necesitados del cariño y de la atención de alguien para conformar un futuro próspero en sus vidas. Era Manuel Siurot, al que recibió con un abrazo, y sería él mismo el que le mostraría las bondades del templo y, una a una, a las imágenes que lo componían. Sin embargo, algo cambió cuando llegó ante el retablo que cobijaba a una hermosa dolorosa a la que el arcipreste prestó especial atención. Enseguida se arrodilló en el reclinatorio y comenzó a orar, quizás por la tarea encomendada, poniendo en las manos de la Virgen todo lo mucho que había que hacer por esta tierra. Aquellos ojos redondos del sacerdote se abrieron de par en par y quedaron prendados de tanta hermosura y de la armonía que desprendía aquella Virgen que parecía haberle hablado en su interior. Era como si una llamada misma del Espíritu se hubiera apoderado en aquel instante donde parecieron desaparecer todos los demás de la escena para quedarse solo junto a Ella y hablarle cara a cara en una recreación del mismo cielo. Era la conversación, sin saberlo nadie de los que allí estaban, de la Virgen con un cura que más tarde estaría también en los altares de aquel prodigioso templo. Era un alma tocada por la santidad, un cuerpo entregado a los demás que haría conformar, junto a Manuel Siurot, la educación, la Fe, los valores, el desarrollo, la carrera, el trabajo y el futuro digno de cientos de onubenses que pudieron abrazar la felicidad, conformar sus familias y sus sueños gracias a aquella imponente labor.

Al dejar el reclinatorio, el arcipreste siguió su camino por la iglesia de la Merced pero sin dejar de posar su mirada constante en aquella Virgen que le había marcado el camino de su tarea pastoral en Huelva y posiblemente su camino hacia la santidad. Fue allí donde Manuel González vio ascender a la Virgen hacia los cielos, donde conoció la Madre que siempre está en las alturas y que cuida por todos nosotros. La vio elevar su belleza rodeada por un coro de ángeles que secaban sus lágrimas para llevarla gozosa a la casa del Padre. Fue la particular asunción de la Virgen para San

Manuel y que luego extendió a toda la ciudad para que jurara su fidelidad a María.

En su camino de vida, un Santo llevó en el corazón a la Virgen que lo enamoró y a la que nunca quitó de su mente y de sus oraciones. Rezaba y veía su cara.

Y tantos fueron sus dones que, ante Ella, quiso ofrecer sus gracias por ser proclamado sucesor de los apóstoles como Obispo. Ahí otra vez volvió sus ojos ante la Madre y repasó sus miedos, sus inseguridades y su desconfianza cuando se vieron por primera vez sobre aquella Huelva que hoy tantas generaciones le da gracias a los pies de la Virgen que lo iluminó para siempre.

Y como a ellos, cuántos no habrán encontrado a sus pies el consuelo inexplicable que les hizo entender que el milagro vino con Ella. Cuántos a través del tiempo no quedaron prendados de aquella Virgen que les aguardaba para cambiar sus vidas, de aquella imagen de la que habían oído hablar y que finalmente les llevó de la mano hasta la felicidad de ser escuchados por su Madre. Cuántos no la pensaron lejos de su tierra, cuántos no la llevaron grabada en su retina para implorarla en los momentos más amargos, los que siempre la buscaron en la dureza de los mares o en la crudeza de sus campos, los que necesitaban de su mediación para salvar sus almas y allí la encontraron, en el lugar del que nunca se marchó y desde donde desde entonces hace el milagro de abrirnos todos los días su corazón para encontrar la felicidad de Dios.

Son los milagros de María Santísima de los Dolores
la Virgen que sana las heridas del cuerpo
la imagen que cura las enfermedades del alma
la Madre que siempre cuida de todos sus hijos pecadores

Son los milagros que sigue obrando todos los días
los que solo saben quienes se acercan a Ella a buscar consuelo
los que escuchan el susurro de su voz en el corazón
o los que sin medida su vida ponen en sus manos y la quieren a porfía

Son los milagros que Huelva lleva prendidos a su pecho
los que se hacen en el silencio de sus casas
los que convirtieron a sus gentes en los tiempos más difíciles
y los que enseñaron a leer, a escribir y a sus derechos

Son los milagros de María Santísima de los Dolores
los que buscaron a los instrumentos para hacer la ciudad de nuestro tiempo
los que sirvieron de herramienta para llevar su nombre a los más alejados
o los que la siguieron para encontrar la felicidad en sus corazones

Es la Virgen que obró el milagro de la santidad
la Madre que ascendió de Huelva hasta los cielos
el timón que a través de los siglos supo llevar a esta tierra
Y la que se llevó en sus brazos al Santo que más la pudo amar

Capítulo IV

250 años de un amor eterno

CCL ANIVERSARIO FUNDACIONAL JUDÍOS

Si hubiera otra vida donde Huelva tuviera que volver a amanecer no tendría ni una sola duda para elegirte otra vez como la perla más hermosa que cultivó desde antiguo para tallar el soplo del Espíritu Santo en las manos de un hombre, capaz de dejarse guiar por él y conformar la conjunción de la belleza más estricta. Un auténtico derroche de formas magistrales que se pusieron al servicio de Dios para que la providencia trabajara con la misma madera que él y dar forma humana a lo que sólo pertenece al cielo. Es la magnificencia de lo bello extrapolado al grado máximo de la expresión, un arrebato de buen gusto que sólo puede venir de las alturas y que además es el bálsamo para quitar las penas. No cabe entendimiento humano para interpretar las señales que de Ella salen para concebir tal fuente de la que beber el más auténtico sorbo de la excelencia y de la divinidad, ambas dulcificadas por el rasgo humano y misericordioso que se desprenden. Es Reina y Madre a la vez, Emperatriz de los cielos y Mujer de Huelva.

Por eso no caben medias tintas si hablamos de Ella y nos adentramos en ese laberinto inmenso de genialidad que la rodean, desde que llegara esa hermosa primavera a Huelva que vino con Ella y se abrieran todos los espacios del saber para admirar lo que hasta entonces era solo una utópica alucinación de cómo sería la Madre de Dios en las alturas. Con Ella se despejaron todas las dudas y comenzó un idilio de amor que dura hasta nuestros días y que es vigente en los ojos de quienes la aman hasta el extremo, de quienes hablan de Ella y se enciende el brillo de sus pupilas, de quienes la piensan y lloran hasta por dentro, de los que la miran todos los días para tomar aire y seguir, los que le rezan y sienten la paz de ser escuchados, de los que la ven pasar y se tienen que ir tras Ella hasta donde quiera, los que la besan y sienten el amor de sus madres que ya no están, de los que se asoman en la penumbra y siempre ven la luz para levantarse cada mañana, de los que se ponen delante y se ven de pequeños de la mano de sus padres, los que reconocen en su mirada a sus abuelos, de los que sienten que Ella es la alegría de sus vidas, de los que acarician su mano y sienten la piel que les abraza cada noche o de los que la buscan siempre tras el cristal de su alma para no alejarse nunca del lucero que ilumina sus adentros que nació a este mundo.

Es ahora el tiempo para sentirnos dichosos de que la concibieran para nosotros. Los que nos precedieron son inmensamente felices de contemplar que su hermosura no fue un utópica ensoñación, sino que ha sido hoy potenciada por fuerza de unas vidas que han dado todo lo que tenían por Ella, que han sacrificado sus días y sus noches para que nada le faltara al amor sin el que no pueden vivir. Qué dirían aquellos que la miraron alguna vez entre las velas que llenaban estas paredes y que le confiaron a Ella todo lo que fueron y vieran a su Virgen plantada como hoy en el mayor monumento de toda una catedral, el magistral tesoro que fue esculpido con las oraciones de tantas generaciones de onubenses que la descubrieron y entendieron que el cielo estaba junto a Ella. Es la herencia más bella que hemos podido recibir, un tesoro que hay que custodiar para que mientras haya vida en Huelva no haya ni un solo alma que no se postre ante Ella. Porque mirarla, como hoy tenemos la dicha seguir haciéndolo, es sentir que todas las aspiraciones de nuestra ciudad tendrían que mirarse aquí para entender qué es lo sublime y qué es a lo más alto que se puede llegar. Ella nunca es una meta sino un aspiración constante a ser mejores. Y Ella, su cara, sus manos, sus

ojos, su palio, su manto, su corona y todo entera de arriba a abajo es la que nos marca el camino no sólo para crecer y ser mejores personas sino para concebir la Huelva que un día fue capaz, nada más y nada menos, que de traerse a la Madre de Dios de los cielos.

Son 250 años de unas manos que nadie supo encontrar
de la piel que acarició las suyas por primera vez
de la cara que la imaginó y la pintó en sus adentros como un bello amanecer
de los ojos que vieron su belleza poco a poco moldear

De las noche sin dormir imaginando cómo su Virgen sería
del prodigio de un rostro del que alguien le tuvo que relatar
del asombro de quien pudo tal obra inmortal realizar
y de los ángeles llevando sus manos hasta la imagen que Dios quería

Es el misterio de una madera que se hizo santa cara
la magia de un taller del que nadie nos pudo hablar
del dolor clavado en unos ojos que allí mismo a todos hizo rezar
y de la leyenda de un sol que la tuvo que tallar

Son 250 años de un viaje que nadie sabe de donde partió
de los Dolores que más se parecen a la Gloria
de una Virgen que llegó para ser testigo de esta vieja historia
de la luz que trajo al lugar donde la luz del cielo nació

Quizás no hubo hombre ni mujer en tan maravillosa creación
ni tampoco taller de maestros imagineros a su alrededor
sino la mano misma del Creador
que en Ella puso la Mujer más bella que había en su corazón

Y es que cómo hubo de ser la admiración de quien la creó
cómo sería su expresión al contemplar lo que nadie hasta entonces hizo
que ni dejar su nombre en Ella quiso
porque hay cosas que sólo Dios sabe cómo las terminó

Posiblemente ante Ella no tuvo más remedio que expirar
dar gracias por ser elegido para enseñar cómo era su cara
rezar por ser la imagen a la que todos amaran
y morir en el dulce sueño de algo al que nunca nadie podría llegar

Son 250 años escuchando cada día el susurro de los frailes de su amor
de aquellos blancos vuelos de obediente pobreza a su lado
de votos que liberaban a otros más débiles en la Fe que se nos ha dado
de mendicantes almas que rescataban al corazón de Cristo redentor

En sus ojos aún se ven por su iglesia en posición orante caminar
clavados están con sus rodillas al verla en su altar a su orden proteger
fueron sus soldados los primeros que al llegar la pudieron ver
y entendieron que nada en el mundo cristiano habría igual

A ella encomendaron su vida consagrada al Altísimo
que vieron después martirizar en su hijo atado a unas Cadenas
y llorar con Ella al verlo después clavado en la Cruz de nuestras penas
en la dulce muerte de un Cristo bellísimo

A cuántas fiestas del Viernes de sus Dolores le llevaron sus flores
y una corona le rezaron para celebrar con gozo su día
entre arcos y escaleras que prestos bajaban y subían
para estar junto a la Virgen de sus amores

Son 250 años que nacieron para llenar de belleza el Jueves Santo
un grito de elegancia que no entiende de mediocridad
un alarde de buen gusto que trajo Ella para la eternidad
y un palio tan maravilloso que quiso amainar su dolor y su llanto

Son las manos de Juan Manuel entre los bastidores del cielo
las piezas bordadas entre sus plegarias a María Santísima
las flores envueltas en oro para su Madre amantísima
o las corbatas cerrando su paso al aire con celo

Es el palio con el color del corazón de los cristianos
el de las carabelas descubridoras tejidas en las sedas de América
el que se hizo porque nada podría llegar a tan brillante obra estratosférica
y el de los tallos que buscan unir sus hojas en ese cielo tan huelvano

Son las bambalinas que cuando pasan en las entrañas se quedan
el palio que respira a base de bordados para que el oro la meza
el de la Esclavitud que nos hace esclavos a todos de su belleza
y quién si no para tanta hermosura que el genio de Rodríguez Ojeda

Son 250 años del poema escrito en los bordados del manto
en las curvas que describen el símbolo de nuestro amor
en las flores que nacen suaves como el terciopelo que las riega con dulzor
o en los encajes que rodean la misericordia que nos cubre con tanto encanto

Y es el fulgor de las estrellas que se vinieron en oro fino
los siete luceros que se clavaron en el corazón de su escapulario
la rocalla que se ofrece con flores en jarras que vuelan como incensarios
y que perfuman el traje que lleva la Reina con los aires isabelinos

Son los destellos del firmamento de un Jueves que nació con Ella
las noches de sarga corinto camino de la Concepción
la cofradía que caminó hacia las dos torres de la ciudad en su estación
entre el quejío de una saeta de tronío a su bella doncella

Es el Jueves donde se espantan los males y a los impíos
el día donde los niños se burlan de ellos sin miedo
la noche que nadie quiere mirar a esos hombres que señalan con el dedo
porque siempre Ella se lleva por delante a los más malos judíos

Son 250 chicotás camino de la Cruz de los ángeles en sentida oración
la mecía que vio morir a Cristo en La Placeta
el paso de frente que quiso conquistar en las Agustinas hasta su veleta
o el blanco clavel que paseó en sepia por la calle Concepción

Las manos arrugadas que llevaron el cirio de su hermosa penitencia
la cera derramada en la sarga que cruzó hasta la muerte la ciudad
la papeleta que guarda el nombre y el sitio del que te la pudo enseñar
y la esclavina que pasó de un hermano a otro aún sin conciencia

Son los pies que quisieron ser los suyos cada Jueves Santo
las ilusiones juveniles de una primavera bajo sus andas
los días sin dormir esperando escuchar bajo su paso la banda
o ver a Huelva entre los respiraderos mojados de la emoción y el llanto

Es la vida relatada tantas noches a su servicio y cuidado
de planchar, guardar y mimar sus ropas en armarios que huelen a Ella
de saber si hoy está más triste o tiene la cara contenta y está más bella
o de no poder separarte por tener ya tu piel a su pecho bordado

Son 250 años de besos al cielo por los que la trajeron
por los que le rezaron y la enseñaron con tanto amor a Huelva
por los que trabajaron para que cada Jueves el sueño de verla en la calle vuelva
y por los que pasaron por esta vida y hasta la muerte la quisieron

No hay años ni vidas para agradecerte tanto como a Huelva le diste
siglos donde solo dos dedos sostienen el pañuelo que acaricia su semblante
la sutileza divina de un gesto sencillamente elegante
y que si no entiendes a la Madre Dios nunca viste

Son más de dos siglos de caricias entre los cabezos de la eternidad
es la misma Virgen que lo mismo está pintada en un antiguo lienzo en la pared
que en un retablo cerámico, que puesta en blanco y negro al revés
o que a color en la retina interminable de esta ciudad

Es el cante valiente de un fandango de una casa del barrio de La Merced
el quejío de un patio con la cara de su Virgen entre claveles y rosas
el paso que vio cambiar sus calles pero nunca a su Reina más hermosa
la que siempre ante mil venturas y pesares esta tierra supo defender

Son 250 años luchando por tu nombre para que el mundo te implore
la pena por el corazón que atraviesa un puñal con la sangre del Señor
la Huelva que la convirtió en alegría para colmar su inmenso amor
y que siglos después te vuelve a decir lo guapa que eres, María Santísima de los Dolores

Huelva, 4 de noviembre del año 2022

Meditación ante María Santísima de los Dolores

CCL ANIVERSARIO FUNDACIONAL
HERMANDAD DE LOS JUDÍOS

Nacho Molina Maqueda